

compungieron de corazón y dijeron á los Apóstoles: «*Varones hermanos, ¿qué haremos?*»

Nótese, amados míos, la transformación que hubo en los Apóstoles cuando recibieron el Espíritu Santo. Pedro, que antes tembló á la voz de una criada, se presenta ahora en medio de un concurso muy crecido, y con energía sobrehumana, como doctor y maestro, enseña á todos que Jesús era *el Hijo de Dios, el Mesías prometido*, que ellos le habían quitado la vida y que había resucitado; y desde entonces hasta hoy, y hasta la consumación de los siglos, la Iglesia ha mirado y mirará siempre como dogma fundamental de nuestra fe la resurrección de Jesucristo. ¿Para qué se quiere mayor prueba de esta verdad que os estoy predicando?

No obstante, si alguno la necesitare, lea el Santo Evangelio, según San Mateo, cap. XXVIII, que dice así: «En la tarde del sábado, al amanecer el primer día de la semana (esto es, del domingo), María Magdalena y la otra María fueron á visitar el sepulcro (de Jesús). Y hubo un gran terremoto; porque el ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose apartó la piedra y se sentó encima. Su rostro estaba centelleante, y su vestidura (blanca) como la nieve.

Los guardias (que custodiaban el sepulcro), al verle, llenos de espanto, se quedaron como muertos. Mas el ángel dijo á las mujeres: «Vosotras nada temáis; pues sé que buscáis á Jesús, el que fué crucificado. No está aquí; porque *ha resucitado*, como dijo: venid y ved el lugar donde había sido puesto el Señor. Apresuraos á ir á decir á sus discípulos *que ha resucitado*; y he aquí que va delante de vosotros á Galilea; allí le veréis; os lo predigo... Y mientras ellas iban, alguno de los guardias fueron á dar cuenta á los príncipes de los Sacerdotes de lo que había pasado. Y habiéndose éstos reunido, formaron consejo con los ancianos, y dieron gran cantidad de dinero á los soldados, diciéndoles: «Decid que sus discípulos han venido de noche y lo han robado mientras dormíais.»

Hasta aquí la narración evangélica, y sobre ella dice San Agustín: «¡Oh ciegos judíos! Vosotros sois los que dormís, pues recurriendo á un artificio tan poco verosímil, descubriste la impostura. Si los guardias dormían, ¿cómo vieron el robo?» (S. Agust., in Psal. LXIII.)

Por último, hay un argumento ineludible que prueba hasta lo sumo la verdad de la resurrección de Jesucristo. Hele aquí: En Jerusalén, en Corinto, en Roma, en Efeso y en todos los países del mundo conocido, los Apóstoles predicaron la resurrección del Señor, y los pueblos la creyeron. Una de dos; ó la creyeron en virtud de

los milagros que presenciaron, ó sin ellos. Si por los milagros; luego es una verdad, porque los milagros la evidencian. Y si creyeron la resurrección sin milagros por parte de los Apóstoles que la predicaban, ¿qué mayor milagro que haber creído sin milagros? Luego siempre hay milagro en la creencia de la resurrección, y por consecuencia, es una verdad innegable.

No insistiré más en esta prueba, y concluyo diciéndoos: Amados míos: «Es preciso creer en la muerte y en la sepultura de Cristo, tal como la expresa el Apóstol en la Epístola de este día. Es preciso creer que el divino Redentor murió por nuestros pecados y no por los suyos propios, que jamás los tuvo. Es preciso creer que resucitó al tercer día de entre los muertos, según estaba predicho en las Santas Escrituras. Es preciso creer la voz del Apóstol, que, divinamente inspirado, nos declaró hoy esta verdad, y que la selló con su sangre. Es preciso que creamos lo que en todos los países del mundo se ha creído, en vista de los prodigios más evidentes y más incontestables. Es preciso creer lo que los Apóstoles y primeros discípulos vieron sin peligro de engañarse, y que nos aseguran sin peligro de engañarnos. Es preciso creer lo que las antiguas Escrituras nos han anunciado muchos siglos antes de que sucediese, y lo que las nuevas nos refieren haber sucedido tantos años ha. Es preciso, en suma, que seamos creyentes en todo lo que enseña nuestra Santa Madre Iglesia, columna y firmamento de la verdad, que no puede engañarse ni engañarnos; pues de esta manera daremos gloria á Dios en la tierra, y, salvando nuestras almas, continuaremos dándosela eternamente en el cielo.» Amén.

## HOMILIA 2.<sup>a</sup>

### Para el Domingo XI después de Pentecostés.

#### De la resurrección de la carne.



**A**MADOS hermanos míos: En el capítulo XV de la Epístola primera de San Pablo á los fieles de Corinto, de donde está tomada la Epístola de este día, prueba el Apóstol con argumentos irrecusables primeramente la *muerte, sepultura y resurrección*

ción de Cristo, y de esta última saca después por consecuencia la certeza de la resurrección nuestra. «*Sabed, hermanos—les dice—que entre las verdades principales de la fe que he recibido de Dios y que os he enseñado de palabra, se encuentran primeramente que Cristo murió por nuestros pecados, como estaba predicho en las Sagradas Escrituras, que fué sepultado en testimonio de que la muerte fué real y verdadera, y que resucitó al tercero día, como también estaba anunciado y prefigurado en las mismas letras sagradas.*» (Paráfrasis.)

Esto escribió el Apóstol, y después de probarlo con las múltiples apariciones de Jesús á sus discípulos, añade estas humildes y significativas palabras: «*También se me apareció á mí, que soy el menor de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios. Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no quedó en mí vacía.*» (I Corint., XV, 1 á 11.)

Dejando, pues, aparte la muerte, sepultura y resurrección de Cristo, como verdad inconcusa de nuestra fe, intento probaros hoy:

- 1.º Que todos hemos de resucitar en cuanto al cuerpo.
- 2.º Que todos debemos resucitar á la gracia.

#### PUNTO 1.º

##### PRUÉBASE LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

El hombre, amados míos, es un compuesto de cuerpo y de alma, y como son dos substancias unidas que pueden separarse, de aquí el que siendo el hombre uno, se distinguen en él como dos vidas: una corporal, otra espiritual. El cuerpo vive *por su unión con el alma*; el alma vive *por su unión con la gracia*. Por consecuencia, hay también en el hombre dos muertes: una cuando *el cuerpo se aparta del alma*, otra cuando *el alma se aparta de la gracia*.

El Cardenal Hugo, haciéndose cargo de esta verdad (Tract. de Morte), añade una tercera muerte. Dice así: «Hay tres muertes: la que procede de la naturaleza, la que procede del pecado y la que procede de la gracia. Con la primera muere el cuerpo, con la segunda el alma y con la tercera el hombre entero. La primera separa el alma del cuerpo, la segunda separa el alma de la gracia y la tercera separa el hombre entero de los estorbos del siglo. La primera muerte es de todos, la segunda de los pecadores y la tercera de los religiosos. La primera nos sepulta en la tierra, la segunda nos sumerge en el infierno y la tercera nos pone en vía para volar al

cielo.» De la primera dijo el Eclesiástico: «*¡Oh muerte! ¡Cuán amargo es tu recuerdo!*» (1.) De la segunda dijo el Rey Profeta: «*Pésima es la muerte de los pecadores*» (2.) Y de la tercera se ha dicho: «*Muera mi alma con la muerte de los justos*» (3.)

Pues bien; en relación con estas tres muertes hay tres resurrecciones: una *corporal*, que consiste en tornarse á juntar el alma con el cuerpo; y de ese modo resucitaron en este mundo Cristo nuestro Señor y Lázaro, hermano de Marta y María, y hemos de resucitar todos en el día del juicio, cuando aparezca el Angel del Señor con la trompeta y diga: «*Levantaos, muertos, y venid á juicio.*» (*Surgite mortui, venite ad iudicium.* Matth., XXIV, 31.)

Otra resurrección, que hemos llamado *espiritual*, consiste en la recuperación de la gracia santificante, cuando se ha perdido por el pecado, y de esta habló el Apóstol diciendo: «*Considerad, hermanos, que estáis vivos para Dios en Nuestro Señor Jesucristo.*» (*Existimate vos esse viventes Deo, in Christo Jesu Domino nostro.* Rom., VI, 11.)

Por último, la resurrección tercera significa la gloria, ó sea, cuando el hombre se une á Dios y le ve cara á cara por los siglos de los siglos. Y llamo á esto resurrección, porque la vida terrena, por santa que sea, es como muerte en comparación de la vida del cielo.

Aquí, pues, me refiero á la resurrección del cuerpo, y os recuerdo aquellas palabras de San Pablo: «*Toda la Iglesia y vosotros con ella creéis en la resurrección de Jesucristo, porque es hecho público y notorio que murió, y aún viven entre nosotros muchos de los que le vieron resucitado; luego forzoso es confesar que los hombres después de muertos pueden resucitar. Lo que ha acaecido una vez, ¿no podrá acaecer otra y otras?*» (I Corint., XV, 12 y siguientes.)

«Jesucristo, continúa el Apóstol (Verso 20) fué el primero de todos los hombres justos, que ha resucitado á vida gloriosa é inmortal; y así como el primer Adán comunicó la muerte, por su pecado, á sus descendientes, así también Jesucristo, llamado el segundo Adán, comunica la vida á los suyos por el mérito de su justicia. *Así como en Adán mueren todos los hombres, así todos serán vivificados en Cristo*» (Verso 22). Es decir, que como en nuestro primer Padre quedamos todos sujetos á la muerte, así todos recobramos la vida en Cristo nuestro Señor, y resucitaremos con nuestros

(1) O mors, quam amara est memoria tua! (Eccles., XLI.)  
 (2) Mors peccatorum pessima. (Psal. XXXIII, 22.)  
 (3) Moriatur anima mea morte justorum. (Num., XXIII, 10.)

propios cuerpos, los buenos para gloria eterna, y los malos para eterno suplicio.

Esto es lo que se lee en la Epístola de este día, esto es lo que repiten en muchos lugares las sagradas Escrituras, esto es lo que enseña la Iglesia nuestra Madre, esto es lo que han predicado siempre los Santos y Doctores, esto es lo que consta en el Símbolo de nuestra fe y lo que creemos los cristianos, y esto es lo que produce gran consuelo y dulzura en nuestro pobre corazón. ¡Oh! dice el grande Apóstol (Verso 19): «*Si los cristianos esperáramos en Cristo solamente los bienes de esta vida, seríamos los más desdichados de todos los hombres.*» Lo cual es como si dijera: «Si nosotros no esperamos de Cristo otros bienes que los de esta vida, por recompensa de nuestros servicios, somos los hombres más infelices de todo el mundo; puesto que después de tantas penas y aficciones, como son las que pasamos en la vida presente, no nos queda ninguna esperanza de ser recompensados después de la muerte. (Santo Tomás.)

Pues bien; no habré yo, amados míos, de citaros ahora los innumerables testimonios de las Santas Escrituras que prueban invenciblemente la resurrección de nuestros cuerpos, para, en unión del alma, recibir de Dios premio ó castigo, según sus obras; bástame citaros uno del santo Job, en completa conformidad con la Epístola de este día y con el capítulo XV de la primera carta del Apóstol á los fieles de Corinto, de donde está tomada. Dice así el paciente y santo Varón de Hus: «*Sé que mi Redentor está vivo, y que en el último día me he de levantar de la tierra y me he de revestir de nuevo con mi carne, y que en esta carne veré á mi Dios. Le veré yo mismo, y mis ojos le contemplarán y no será otro: esta esperanza se abriga en mi seno* (1).»

Lo cual es como si un cristiano dijera: «Creo que mi Redentor resucitó de entre los muertos, y vive y reina eternamente feliz sentado á la diestra de Dios Padre (2).

Creo que mi Redentor, Espíritu vivificante, la Resurrección misma, Vida y fuente de la vida, me ha de vivificar entre los muertos y me ha de resucitar para vivir espiritual y eternamente (3).

Creo que, resucitado y vivo con mi propia carne, aunque de un

(1) Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum. Et rursus circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum, ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius: reposita est haec spes mea in sinu meo. (Job, XIX, 25-27.)

(2) Véanse los versos 3, 4 y 5 de nuestra Epístola.

(3) Véanse los versos 12-20-23-24.

modo espiritual, y hecho impasible, inmortal, clarificado, ágil y sutil, he de ver á Dios mi salvador, bienaventurado, heredero de Dios y coheredero de Cristo (1).

Y creyendo y esperando esto, *gimo, deseo, espero y quiero* prepararme para tan grandioso y fausto acontecimiento. Es decir:

GIMO por las miserias propias de esta vida, por la violencia de las pasiones que me asedian, por el peligro en qué me encuentro de ofender á mi Dios, por el peso de este cuerpo de tierra animal y mortal. «*¿Quién me libraré del cuerpo de esta muerte?*»—(Quis me liberabit de corpore mortis hujus?—Rom., VII, 24.)

DESEO el reino pacífico de Cristo, la eterna sociedad de los bienaventurados, la perfecta conformidad con mi divino Salvador, la unión íntima, esencial é imperecedera con mi Dios y mi Señor, la sempiterna clarificación de todo mi ser y la inacabable fruición de Dios, adorándole y alabándole por siglos sin fin. Y deseando esto, digo y repito una y mil veces: «*Señor, venga á nosotros tu reino.*»—(Adveniat regnum tuum.)

ESPERO el reino inefable de Cristo, y espérole alegre y gozoso. ¿Por qué he de temer la muerte, que es el tránsito y preparación para la verdadera y eterna vida? Y en tanto que esta llega, mi alma se complace en estar enteramente sujeta á Dios; porque esta servidumbre es reinar, según aquellas palabras de nuestra Epístola: «*Cuando todo estuviere sujeto al Hijo de Dios, entonces aun el mismo Hijo estará sometido á Aquel que sometió á El todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.*» (Verso 28.—*Ut sit Deus omnia in omnibus.*)

QUIERO, por consiguiente, prepararme á dicho reino eterno, por la imitación de Cristo, por la mortificación, por la paciencia, por la humildad, por la caridad y por las demás virtudes cristianas, á fin de que desaparezca en mí el hombre terreno, y mi alma viva según la imagen purísima del Padre celestial. (Portemus et *imagenem coelestis.*)—(Verso 49.)

«*Esta es—dijo Jesucristo—la voluntad de mi Padre. Que todo el que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día* (2).»

Ahora bien; probado que todos hemos de resucitar en cuanto al cuerpo, síguese la necesidad de que todos resucitemos á la gracia en

(1) Véanse los versos 28-42-44-53.

(2) Haec est autem voluntas Patris mei, qui misit me: Ut omnis, qui videt Filium, et credit in eum, habeat vitam aeternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die. (Joann., VI, 40.)

cuanto al alma. ¿Cómo ha de ser esto? Yo os lo diré en brevisimas palabras. Oid con sencillez de niños mi enseñanza.

### PUNTO 2.º

#### QUE TODOS DEBEMOS RESUCITAR Á LA GRACIA

«*Habiendo todos muerto en Adán—dice el Apóstol—todos también seremos resucitados en Cristo; mas cada uno en su orden.*» (Versos 22 y 23). Esto es, según el orden y grado de sus méritos; primero los buenos, ó sea los justos fieles á Dios para ser glorificados en el cielo; después, los réprobos, ó sea los que se hallen en pecado mortal, para ser atormentados en el infierno; aunque todo esto acontecerá brevisimamente. (Verso 52.)

Esta es la fe católica, amados míos, y yo os digo con el Apóstol: «*Cuidado que nadie os engañe, diciéndoos otra cosa, porque las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. Velad, justos, y no pequéis; porque algunos no tienen el conocimiento de Dios* (1).» Lo cual, según los sagrados expositores, equivale á decir: «*Estad alerta todos los que vivís en justicia y en piedad, y guardaos bien de escuchar las conversaciones de los impíos, no sea que os pervertan con sus palabras necias, y caigáis en la disolución y en el pecado. Mirad que hay entre vosotros algunos que no conocen á Dios, ni quieren conocerle, porque les agrada más vivir en el libertinaje, satisfaciendo los deseos impuros de su corazón depravado. Mirad esto bien, y cuidado que nadie os engañe.*»

No ignoro las objeciones absurdas que hacen los impíos sobre este misterio; ya en tiempo de San Pablo preguntaron algunos: «*¿Cómo resucitarán los muertos? ¿En qué calidad de cuerpo vendrán?*» Y el Santo Apóstol respondió: «*Necio; lo que tú siembras no se vivifica, si antes no muere. Lo que siembras es un simple grano de trigo, y después cuando brota la espiga, Dios le da el cuerpo que quiere, y cada semilla da su propio cuerpo*» (un cuerpo conveniente á su especie).

Esto quiere decir que el cuerpo del hombre resucitado será el mismo en cuanto á la substancia de la carne, por más que sea diferente en algunas cualidades. «*Así sucederá—añade el Apóstol—en la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, y resucita-*

(1) Nolite seduci: Corruptunt mores bonos colloquia mala. Evigilate, justi, et nolite peccare; ignorantiam enim Dei quidam habent... (I Corint., XV. 33 y 34.)

*rá en incorrupción; se siembra en vileza, y resucitará en gloria; se siembra en cuerpo animal y resucitará cuerpo espiritual.*» (Versos 42-43-44.) En todo lo cual, observa Santo Tomás, se expresa que el cuerpo humano es sepultado en corrupción, pero después resucitará con las cuatro dotes gloriosas, que son: la *impasibilidad*, la *claridad*, la *agilidad* y la *sutileza*.

Y para aclarar esto perfectamente, prosigue el gran Doctor de las gentes diciendo: «*Ahora, hermanos, os voy á declarar un misterio; y es que todos resucitaremos ciertamente, mas no todos seremos inmutados.*» (Verso 51.) Es decir que la resurrección será universal; pero la resurrección gloriosa con los cuatro dotes dichos no será sino para los escogidos. Por cuya razón concluye el Apóstol con estas palabras: «*La muerte mata al hombre por el pecado... mas gracias á Dios que nos dió la victoria por nuestro Señor Jesucristo*» (destruyendo el pecado). Y así, hermanos míos amadísimos, sabiendo esta verdad de la resurrección, debemos permanecer firmes en la fe y trabajar incesantemente en nuestra justificación, sufriendo con paciencia y alegría todos los trabajos de esta vida, que nos parecerán muy ligeros si van acompañados de una cierta y firme esperanza, de que serán recompensados con una bienaventurada y eterna resurrección. (Verso 58.)

Lo esencial, pues, en esta vida es que estemos siempre resucitados en cuanto al alma; es decir, que estemos siempre en estado de gracia; pues el que está en gracia está en caridad, está en Cristo y Cristo en él, y puede decir con verdad: «*Cristo y yo formamos espiritualmente una misma cosa. Cristo es la vid, yo soy el sarmiento; Cristo es la Cabeza, yo soy uno de sus miembros; y así, donde reina la carne, la sangre y el ser de Cristo, allí reina mi ser, mi sangre y mi carne; y donde es glorificado Cristo mi Señor, allí me reconozco yo también glorificado. ¡Qué consuelo tan grande para los cristianos!*»

Hermanos míos, concluyo diciéndoos con el Apóstol: «*Todos somos sepultados con Cristo en muerte por el bautismo, para que como El resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida.*» (Rom., VI, 4.) Esto es lo único que nos interesa, este es nuestro principal negocio, y hecho esto, todo lo demás nos será dado por añadidura, pues el que es muerto y sepultado con Cristo, resucitará con El á vida inmortal y eterna. Amén.